

PORTA-PAGO
El Ejemplar
10 Centavos

LA PROTESTA
Diario de la mañana

Suscripción mensual
Incluye el
SUPLEMENTO
\$ 2.50

Fundado el 18 de Junio de 1897.—Redacción, Administración y Talleres: Perú 1837.—U. T. 0478, B. Orden.—Correspondencia de Redacción a LA PROTESTA.—Giros a M. Torrente

Terminó la Huelga General

Una elocuente demostración de repudio a los inquisidores de Yanquilandia

EL ASESINATO DE SACCO Y VANZETTI

Los chacales han realizado su obra, ahora nos toca a nosotros

EL MOMENTO SUPREMO

Tenía que ser la plutocracia norteamericana, orgullosa de su poderío, insensible a las gesticulaciones del odio humano, le que diera al mundo el espectáculo de su barbarie. Están ese desprecio y esa insensibilidad de acuerdo con la psicología de los yanquis. Corresponsable de la tipificación industrial, materialista — el automatismo de la vida económica y política de Estados Unidos — el sistema rígido que hace funcionar la máquina judicial y transforma a los jueces en esclavos de la ley escrita y en verdugos que insensibles a todo sentimiento de piedad.

El juez Thayer es un funcionario de la justicia de clase, un verdugo con toga, que posee la cualidad innata de los yanquis educados en la religión nacionalista, un cadáver deformado espiritualmente por la disciplina del deber. Y el gobernador Fuller, representante genuino de la plutocracia yanqui, representante de la casa que proclama la superioridad de su sangre en el crisol de las razas que es América, no podía demostrar debilidad frente a la lucha establecida por el mundo para arrancar de la silla eléctrica a Sacco y Vanzetti.

Psicológicamente se explica la persistencia del juez porque se respetara su fallo y del gobernador porque la ley fuera cumplida. Espiritualmente tiene también su explicación el desmoronamiento de la tragedia de Dedham. Para el mundo, Sacco y Vanzetti, culpables o no del delito que se les imputaba y por el que fueron condenados a muerte, debían obtener cuando menos el perdón, ya que un año de siete años los colocaba fuera de las sanciones legales. En cambio, para Estados Unidos, existía únicamente una cuestión de procedimientos judiciales y de jurisprudencia penal, que al ser debatida en la Corte Suprema de Massachusetts excluía la influencia de todo sentimiento de piedad en los instrumentos del código.

Así se explica el asesinato legal de Nicolás Sacco y Bartolomé Vanzetti, contra sus repetidas declaraciones de inocencia, contra las pruebas de desahogo reunidas por la defensa su siete años de lucha para abrir el proceso, contra el clamor del mundo que pedía la vida y la libertad de los dos condenados. Ur juez de Massachusetts debe ser necesariamente inflexible. Fue la inflexibilidad de Thayer la que trajo en la larga contienda englobada en la madrugada de ayer. ¡Podía... el gobernador Fuller desmentir al verdugo togado de Dedham!

El principio de la ley para los que se consideren fuertes en su orgullo y prepotencia, está en la rigidez de sus disciplinas: en observar al pie de la letra aquello que constituye la garantía de sus privilegios, la sanción de sus hábitos y costumbres, la consagración de lo que llaman su fe, su religión, su patriotismo. Y es esta misma consecuencia con el prejuicio, ese fanático desprecio por la vida de los hombres que están fuera del límite de la propia raza o de la propia casta, el factor que determina la unilateralidad de las leyes y las dobleces de los jueces frente a los dictados de lo que llaman conciencia.

Sacco y Vanzetti fueron ejecutados. Págaron con su vida el delito de ser anarquistas, de ser extranjeros, de ser italianos. ¡Sabéis lo que significa eso en Estados Unidos! Un delito, ni no legal, psicológico. Y psicológicamente, también se justifica en la Fenicia del Norte, que dos hombres sin ley, que dos extranjeros en la patria de los "bravos y los libres", puedan ser los autores de un delito contra las leyes y contra el orden social establecido.

La América del Norte es el país del fanatismo. Se roba y se mata científicamente, a lo yanqui, los grandes trusts de Nueva York, con el concurso de las máquinas industriales, hambreado a los pueblos sometidos a la égida de Wall Street, llevando la guerra a los países coloniales. Se escina en plena calle, en Chicago o en Boston, en el barrio de los banqueros, en bandas armadas que emplean los procedimientos más modernos y científicos para la expropiación violenta. Pero el yanqui es un hombre de ley. El crimen debe tener un justificativo legal para que no sea punible. Y el que rompa el freno de la legalidad, si es débil para resistirse al dogal de la justicia, pagará un alto el delito que tiene en el régimen capitalista la más monstruosa consagración. No podía escapar a la silla eléctrica los dos rebeldes acusados de robo y asesinato. Sacco y Vanzetti no pertenecían a las banditas contrabandistas de licores, organizadas libremente en Estados Unidos. No eran jefes de una de las tantas asociaciones de criminales que tienen sus bases públicas en Chicago y en Boston, en Nueva York y Philadelphia. Se les acusó de un delito común, fueron convictos por el juez Thayer gracias a los procedimientos tortuosos de la policía, condenándoseles a la pena de muerte. Para salvarse de la silla eléctrica, para obtener una de las tantas excepciones que figuran en el código de Massachusetts, Sacco y Vanzetti debían ser yanquis. Eran italianos y anarquistas. ¡Comprendéis por qué Thayer y Fuller no pudieron ser elementos? ¡Comprendéis por qué toda la aristocracia del dólar se solidarizó con los verdugos de Massachusetts!

La campaña iniciada desde hace 7 años no se interrumpirá; la lucha de los anarquistas contra la barbarie yanqui ha de proseguir

La comisión ha sido terrible. La humanidad debía de probar una batalla histórica del más grande alcance para la trayectoria del porvenir. Y el desastre sería más grande todavía, si una vez carbonizados Sacco y Vanzetti, depositamos nuestra indignación y clamásemos nuestras ansias reivindicativas.

La lucha contra el salvajismo norteamericano ha de proseguir, debe proseguir: en esa lucha no se vacilará por nuestra parte ningún interés nacional, sino una cuestión de humanidad, de progreso y frente a la propia conciencia, borde de la barbarie yanqui es tanto como desviar el rumbo de la historia hacia horizontes más puros y más humanos. Al concentrar, como debemos concentrar toda nuestra energía contra la plutocracia yanqui, retiramos una batalla directa contra el fascismo internacional, contra todas las fuerzas que pugnan por el retroceso a un desordenado medievalismo.

Lo hemos repetido mil veces: la gran potencia que quiere el progreso, el progreso dictado por el mundo, debe ser la justicia, es la banca de Wall Street, es la casa del gobierno de los Estados Unidos no son más que simples instrumentos. Y hemos dicho también que, si como pareciese paradoja, se podía combatir más eficazmente a Mussolini dirigiendo nuestros ataques más enérgicos contra la plutocracia del norte, que sacrificados en la brecha contra las banditas de mercaderes que componen el fascismo. Por eso y por el asesinato monstruoso de Sacco y Vanzetti, declinamos que la lucha no cesará, que la lucha no debe cesar.

Es preciso cerrar las puertas de todos los países al capitalismo norteamericano y obstaculizar por todos los medios el comercio y las operaciones bancarias con Estados Unidos. Tenemos para eso...

El mundo no comprende la dureza y la insensibilidad de los jueces y gobernadores norteamericanos. No se creía que llegara a tal extremo el desprecio de Yanquilandia por los sentimientos generosos y altruistas que movieron a millones de hombres en la lucha por salvar de la muerte a Sacco y Vanzetti. Hay, sin embargo, que doblegarse a la evidencia. Estados Unidos está fuera de la humanidad. Para la orgullosa plutocracia del Norte el crimen legal perpetrado en el código penal merece el castigo de la silla eléctrica. Fue un acto mecánico de la ley, cumplido según todos los requisitos del código. Pero la humanidad no contempla con la misma fría indiferencia la inmolación de dos hombres sublimizados por su martirio. Sacco y Vanzetti fueron sacrificados al capricho de la clase capitalista, al desprecio de la tribu rubia del Massachusetts.

Y el desprecio de todos los hombres generosos caerá sobre los culpables de ese crimen alveoso y presuntuoso. Y la sangre de los mártires salpicará la toga de los jueces verdugos. Y la condenación del mundo perseguirá a la raza impía de los mercaderes y traficantes de la moralidad. Y el mundo que tiene suficiente para evitar que se cumpla el veredicto de la conciencia universal. Desde hoy está declarada la guerra entre la humanidad y Estados Unidos. No olvidéis la consigna, trabajadores: A la casta maldita de los Thayer y Fuller, de los Taft y Coolidge, no les perdonamos perdón. El crimen cometido en Massachusetts en la noche del 22 y 23 de agosto. Que el delito de la plutocracia yanqui lo paguen todos los que en una u otra forma son responsables del asesinato legal de Sacco y Vanzetti.

Ante la silla eléctrica, Sacco y Vanzetti reafirman sus convicciones anarquistas

Con refinada crueldad, hasta el último momento, los jueces norteamericanos mantuvieron la expectativa del mundo entero en torno a la última decisión en el caso Sacco-Vanzetti. En las primeras horas del día 22 la defensa aun persistió en su empeño para evitar la sentencia de muerte. Recurrirán a todos los recursos legales para obtener justicia. Pero chocaron contra la frialdad y la insensibilidad de los que podían ser elementos en la hora suprema del sacrificio de dos vidas preciosas para el proletariado mundial.

Después del medio día se consideró perdida la partida. Ningún juez competente quiso asumir la responsabilidad de contradecir las resoluciones de los verdugos Thayer y Fuller. El verdugo preparó la silla eléctrica y en la cámara de la muerte se elevaron los preparativos para la última ceremonia. A las 22, el alcalde de la prisión estatal de Charlestown, Mr. Hendry, notificó a Sacco y Vanzetti que debía cumplir "con el doloroso deber" de informarles que debían morir esa noche. Sacco y Vanzetti respondieron que querían permanecer vivos hasta el momento de ser anarquistas de nuevo. Debemos rendirnos ante lo inevitable. Sacco recorrió la celda de su infortunio. Sacco se ha puesto a escribir una carta para su padre, que no halla en Italia, y rogó al alcalde que le enviase; Mr. Hendry se lo prometió. Acompañado al alcalde el capellán Murphy, quien ofreció de nuevo el consuelo de la fe a los dos condenados, que volvieron a rechazarlo. La partida estaba jugada. Ningún poder humano podía salvar ya a Sacco y Vanzetti. El verdugo esperaba la hora exacta para cumplir con su infame ministerio. Los otros verdugos velaban, guardados por ejércitos de policías, para que la ley se cumpliera con precisión matemática en el momento decisivo. Uno a uno fueron desfilando los condenados. Primero Madeiros, el bandido generoso — el ladrón "que acompañó a los dos criados rebeldes en el proceso casario — ejecutado a las 09; después Sacco, que sufrió la muerte a las 09.25; finalmente Vanzetti, inmolado a las 02. En pocos minutos tres vidas dejaron el mundo de la infancia y del amor, sus primeras con la fría y alveosa premeditación que hace repetirse a las ejecuciones capitales ante la conciencia de los hombres dignos, sensibles y generosos.

En la hora suprema del sacrificio, Nicolás Sacco, pálido, pero sereno, gritó: "¡Viva la anarquía!" cuando se sentó en la silla eléctrica. Luego, en mal inglés, dijo: "¡Adios a mi mujer, a mi hijo y a todos mis amigos!" Fueron ajustadas las correas, mientras pronunció estas palabras: "¡Buenas noches, caballeros; adios, mi madre!" Al entrar en la cámara de la muerte, Vanzetti fue el que guardó la mayor calma. Estrechó la mano de los dos guardianes cuando atravesó la puerta de la cámara de ejecución. Sin ayuda alguna marchó hasta la silla y se sentó solo. Cuando los guardianes comenzaron a ajustarle las correas a la cabeza y al cuerpo, dijo en mal inglés: "Quiero decir que soy inocente y que nunca estuve complicado en ningún crimen, si bien he pecado alguna vez. Os agradezco todo lo que habéis hecho por mí. Soy inocente de todo crimen, no sé..."

El mundo no comprende la dureza y la insensibilidad de los jueces y gobernadores norteamericanos. No se creía que llegara a tal extremo el desprecio de Yanquilandia por los sentimientos generosos y altruistas que movieron a millones de hombres en la lucha por salvar de la muerte a Sacco y Vanzetti. Hay, sin embargo, que doblegarse a la evidencia. Estados Unidos está fuera de la humanidad. Para la orgullosa plutocracia del Norte el crimen legal perpetrado en el código penal merece el castigo de la silla eléctrica. Fue un acto mecánico de la ley, cumplido según todos los requisitos del código. Pero la humanidad no contempla con la misma fría indiferencia la inmolación de dos hombres sublimizados por su martirio. Sacco y Vanzetti fueron sacrificados al capricho de la clase capitalista, al desprecio de la tribu rubia del Massachusetts.

Y el desprecio de todos los hombres generosos caerá sobre los culpables de ese crimen alveoso y presuntuoso. Y la sangre de los mártires salpicará la toga de los jueces verdugos. Y la condenación del mundo perseguirá a la raza impía de los mercaderes y traficantes de la moralidad. Y el mundo que tiene suficiente para evitar que se cumpla el veredicto de la conciencia universal. Desde hoy está declarada la guerra entre la humanidad y Estados Unidos. No olvidéis la consigna, trabajadores: A la casta maldita de los Thayer y Fuller, de los Taft y Coolidge, no les perdonamos perdón. El crimen cometido en Massachusetts en la noche del 22 y 23 de agosto. Que el delito de la plutocracia yanqui lo paguen todos los que en una u otra forma son responsables del asesinato legal de Sacco y Vanzetti.

El mundo no comprende la dureza y la insensibilidad de los jueces y gobernadores norteamericanos. No se creía que llegara a tal extremo el desprecio de Yanquilandia por los sentimientos generosos y altruistas que movieron a millones de hombres en la lucha por salvar de la muerte a Sacco y Vanzetti. Hay, sin embargo, que doblegarse a la evidencia. Estados Unidos está fuera de la humanidad. Para la orgullosa plutocracia del Norte el crimen legal perpetrado en el código penal merece el castigo de la silla eléctrica. Fue un acto mecánico de la ley, cumplido según todos los requisitos del código. Pero la humanidad no contempla con la misma fría indiferencia la inmolación de dos hombres sublimizados por su martirio. Sacco y Vanzetti fueron sacrificados al capricho de la clase capitalista, al desprecio de la tribu rubia del Massachusetts.

Jueces y verdugos

Una complicada monstruosa
Los esfuerzos de la defensa para obtener un nuevo aplazamiento de la ejecución, se estrellaron contra la negativa categórica e invariable de los jueces. Es aquí un resumen de las últimas gestiones legales de la defensa, realizadas durante el día 22.

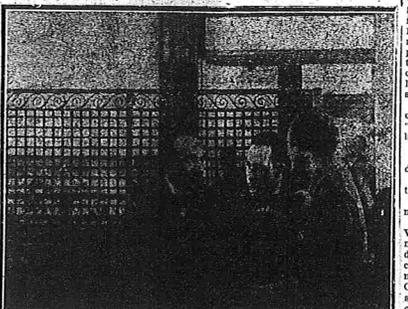
El paro general

Ayer fue mantenido por la F. O. R. A.
La prolongación o no de la huelga general de protesta, dependió del resultado final de la lucha que se libró ayer por impedir el asesinato de Sacco y Vanzetti. Perpetrado el crimen la noche del 22, inmediatamente el proletariado está obligado a mantener el estado de repudio a la justicia histórica y al régimen que permitiera semejante monstruosidad. De ahí que la F. O. R. A., con el apoyo de todos los anarquistas y de los grupos autónomos más conscientes, prolongara el paro a todo el día de ayer. En la capital, Avelandano y pueblos cercanos se cumplió el propósito de mantener un paro con bastante intensidad. El tráfico de chatas y automóviles era sobre todo escaso, y en las fábricas y talleres holgaron una buena parte de los obreros. Solo respondieron a la orden de vuelta de trabajo, dada por la U. R. A., los que habían hecho huelga forzada por los acontecimientos o porque el patrón los obligó a descansar. De acuerdo con las informaciones telegráficas y telefónicas recibidas ayer en esta redacción, el paro general fue mantenido con la misma intensidad por todas las organizaciones de la F. O. R. A., en las diversas localidades del interior. Ni un solo militante desertó de su puesto de lucha en el día que se señalará en la historia del proletariado esta fecha gloriosa. Frente al crimen nuestra condenación será eterna. Pero desde ayer a las 24 horas terminó de hecho la huelga general declarada por la F. O. R. A. Al recordar el trabajo, los anarquistas y los trabajadores conscientes deben llevar la misma convicción de que aun no está vencidos Sacco y Vanzetti. Hay mucho que hacer para que se desmorone sobre Yanquilandia el peso de la indignación del mundo y de la solidaridad del proletariado.

Algunas opiniones de diarios yanquis

Algunos diarios de Nueva York como el "New York Times" expresaron el desmoronamiento del proceso de Dedham, en el día en que dependió del gobernador Fuller la vida de Sacco y Vanzetti. La prensa yanqui no podía la versión del proceso, porque eso significaría desautorizar los tortuosos procedimientos de la justicia judicial; pero se inclinaba al perdón, transformando la pena de muerte en cadena perpetua. Más allá no iba la generalidad norteamericana. Pero ni a eso proleto como ser generoso el gobernador Fuller.

Vanzetti y Sacco, con la compañera de éste, durante una entrevista en la prisión



Jueces y verdugos



